

FRIEDRICH NIETZSCHE. *Sobre arte y artistas*, trad. Carla Cordua. Santiago de Chile: Ediciones Tácitas, 2018.

Friedrich Nietzsche (1844-1900) encarna, sin lugar a duda, una de las personalidades más determinantes en la historia de la filosofía occidental. Con un estilo profundo, penetrante y, por sobre todo, crítico con sus contemporáneos, el filósofo alemán elaboró una de las críticas a la cultura más radicales y complejas. Esto, en parte, gracias a la capacidad ecléctica y sintetizadora que caracterizó su pensamiento. Detalle no menor es el hecho que Nietzsche se forma como filólogo, y desde allí despliega un pensamiento filosófico que dialoga íntimamente con disciplina como la literatura, el arte, la religión, la historia y la ciencia.

La presente obra, *Sobre arte y artistas*, resulta del trabajo realizado por la destacada filósofa, traductora y ensayista chilena Carla Cordua (Los Ángeles, 1925), quien ha sido la encargada de seleccionar, estructurar y traducir textos del pensador alemán, procedentes de sus cuadernos póstumos escritos en la década de 1880 reunidos en *Werke in drei Bänden*, editado por Karl Schlechta¹. Su labor resulta ser un notable trabajo que da forma y contenido a una obra clave para comprender fielmente el pensamiento nietzscheano de madurez.

Carla Cordua, voz autorizada en cuanto tradición alemana de pensamiento se trata, señala que, para Nietzsche, “el más alto de los propósitos artísticos, la creación de la tragedia, es la culminación del arte en cuanto tal” (6). En este sentido, los textos reunidos en la presente obra se establecen como el recorrido nietzscheano para describir el estado del arte, sus particularidades constituyentes y la responsabilidad que le compete al artista.

Este libro se constituye según dos momentos, dos instantes que, sin ser el primero condición necesaria para el segundo, sí puede ser entendido como suelo de sentido para comprender la crítica nietzscheana al *arte romántico* a la luz de lo que denomina *estado de embriaguez y voluntad de vida*. En este sentido, la obra comienza por una primera parte intitulada “Nietzsche sobre arte y artistas”, concluyendo con una segunda parte que recibe el nombre de “El arte en *El origen de la tragedia*”.

“Nietzsche sobre arte y artistas” está centrada, principalmente, en una descripción crítica de la relación entre filosofía y arte. Por ello, el lector atento se encuentra con filósofos, literatos y artistas, tales como Schopenhauer, Hegel, Goethe o Wagner, pues Nietzsche recurre a una enorme tradición para dar cuenta de una interpretación errada de la función y significado que posee el artista.

En este contexto, Nietzsche comienza por desarticular lo que denomina *mentiras románticas*, es decir, la ilusión de significar el mundo a partir de una

¹ Nietzsche, Friedrich. *Werke in drei Bänden*, hrsg. von Karl Schlechta. München: Hanser, 1959.

negación que, a su vez, es producto de la insatisfacción con la realidad. La música romántica de Wagner y el pesimismo de Schopenhauer representarían fielmente este espíritu, por ello Nietzsche dirá de este último que es un *negador de mundo* y, en última instancia, un *místico* (21). Puesto que, el arte, en tanto disciplina auténtica, está permeada por un impulso estético y creador. De allí que al comienzo de la obra Nietzsche declare la tesis que no solo atraviesa los textos aquí reunidos, sino que, retrospectivamente, subyace a lo largo de toda su producción literaria, a saber: “el mundo como una obra de arte que se da a luz a sí misma” (21).

Sobre esta tesis se despliega la argumentación nietzscheana que, en ocasiones se expresa en breves aforismos, mientras que en otras, lo hace mediante extensos y complejos párrafos. Esto, sin abandonar un estilo radicalmente crítico, pues, su objetivo es exponer la inautenticidad de las disciplinas artísticas. En momentos, lo hace con un lenguaje impetuoso y arrebatado, por ejemplo, caracterizando la música dramática como “¡una estupidez! [pues] simplemente eso no es más que música mala” (43). En otros, retomando algunas de sus tesis clásicas, como cuando, describiendo la moralidad que impulsa al *pesimismo romántico*, señala que “el cristianismo fue el intento de ‘superar’ el mundo, esto es, negarlo” (23).

Lo cierto es que, para que el arte sea constituido como tal, Nietzsche sostiene que es indispensable una condición previa: la embriaguez. La embriaguez tiene la misión de abrir e intensificar la excitabilidad con el medio. Por ello, es que nuestro autor sostendrá que no hay arte sin sueños y sin embriaguez, puesto que son las instancias que permiten la creación por sobre la mera y pesimista descripción, característica de la *mentira romántica*.

Por esta línea, se comprende que para Nietzsche la tarea del artista consiste en mediar la tensión de Apolo y Dionisio, *formando* y *mensurando* la intensidad expresada como realidad. Con esto, a diferencia de la tradición romántica y judeocristiana, se reafirma y resignifica la vida constantemente, a la vez, se reconoce que la materia prima, siempre incontrolable, subyace a la vida y se moldea según la forme el artista. De allí que Nietzsche declare: “tenemos el *arte* para que *la verdad no acabe con nosotros*” (89).

En consecuencia, Nietzsche declara que el más primerizo de los artistas se ve impulsado por tres elementos principales: el *impulso sexual*, la *embriaguez* y la *crueldad* (29). Solo en estos impulsos aparece el auténtico estado estético como *primum mobile*. Por el contrario, asocia lo sobrio, cansado y agotado, al erudito (*Erkennenden*), pues, su actividad reside en la descripción inmóvil y estática de lo real.

En este sentido, los artistas se encuentran atravesados por una *voluntad de verdad*, en la medida que establecen a lo menos una metáfora de aquello que *debería*

ser, es decir, son productivos en la medida que *cambian* y *transforman* realmente; no como los eruditos que conservan la realidad acríticamente tal cual es (33).

Sobre este escenario se despliega “El arte en *El origen de la tragedia*”. Esta segunda parte está subdividida en cuatro secciones, siendo las últimas dos las más destacadas (incluso en extensión). De hecho, en la tercera sección se consolida su distanciamiento con lo planteado en *El origen de la tragedia* (1872). Allí declara que “en este libro el pesimismo, o digámoslo más claramente, el nihilismo, vale como ‘la verdad’” (57).

El autor arremete contra una de sus tesis más cruciales sostenida en 1872, cuando declara que “se hace necesario elevarse, con una audaz arremetida, hasta una metafísica del arte” (2004 198). Esta vez, contra el estilo romántico, diagnostica la necesidad de hacer del arte una *liberación del que actúa* (57). De este modo, el lector es conducido, por medio de un estilo directo y punzante, hasta la constatación de la íntima relación entre arte y vida.

Efectivamente, la crítica de nietzscheana el estado del arte, se dirige, en última instancia, contra la constatación banal de lo real, aquella actitud positivista que “constata sin excitarse” (45). Por lo tanto, Nietzsche, definiendo el arte auténtico como aquello que posibilita y estimula la vida, intenta demostrar que el arte posee esencialmente una función orgánica. Desde esta posición, se desprende una dependencia argumental entre arte y filosofía de la medicina dentro de la arquitectura nietzscheana: “son las situaciones excepcionales las que condicionan al artista: todas las que están profundamente emparentadas y mezcladas con fenómenos enfermizos: de manera que parece imposible ser artista y no estar enfermo (*krank*)” (59). El lector atento notará como se despliega un diálogo entre las condiciones del arte, del artista y una auténtica filosofía de la medicina, ya sea por medio de la embriaguez o desde la demostración de su fuerza transfiguradora: el amor (63).

Arte, embriaguez y voluntad de vida son conceptos que se constituyen, entrecruzan y muchas veces confunden a lo largo de la lectura. Conduciendo al lector a una condición primaria y originaria, a saber, comprender el arte como medicina para la vida, esto es, afirmación y creación de lo real: “Lo esencial del arte es su constante *perfeccionamiento* de lo existente, su creación de lo perfecto y cabal; el arte es esencialmente *afirmación, bendición, divinización de la existencia*” (79).

En definitiva, a lo largo de este libro se descubren novedosas posturas tanto teóricas como prácticas. A modo de ejemplo, la traductora resalta que la relación entre arte, embriaguez, inconsciente y sexualidad la piensa Nietzsche antes que Freud (12). Es por ello que la presente obra se erige como una pieza clave para comprender la profundidad metafísica, política e incluso epistemológica que rodea el despliegue estético de la existencia.

Empujado por una traducción rigurosa y fiel al sentido que el autor ha depositado en su trayecto filosófico, este se constituye como un libro que plasma un pensamiento radical en Nietzsche, un pensamiento que empuja y emplaza al individuo en su *situación*, esto es, en sus condiciones de aprehensiones de la realidad. Es, probablemente, la última gran muestra de lo que fue Nietzsche: “un hombre fatal que obliga a tomar decisiones últimas” (Fink 9).

Bibliografía

- Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*, trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- Nietzsche, Friedrich. *Sobre arte y artistas*, trad. Carla Cordua. Santiago: Ediciones Tácitas, 2018.

Sergio González Araneda
Universidad de Santiago, Santiago, Chile
sgonzalezaraneda@gmail.com